

DELEUZE, Gilles (2014), *Michel Foucault y el poder, Viajes iniciáticos I*, trad. Javier Palacio Tauste, Errata naturae, Madrid, 168 pp.

Durante el curso 1985-1986 en la Universidad de París 8, Vincennes-Saint Denis, Deleuze imparte clases sobre Foucault, con quien había mantenido amistad. Tras la muerte de Foucault, Deleuze considera que no hay mayor homenaje que leer y releerle, y a lo largo de las tres lecciones que se hallan en el presente volumen explica sus lecturas, es decir, expone la manera en que ha de leerse a Foucault y cómo ha de entenderse la transición del saber al poder, tema central que aborda desde la obra de Foucault, sobre todo a partir de *La arqueología del saber* y *Vigilar y castigar*.

La peculiaridad de la presente edición, inédita en español, radica en ser una transcripción de grabaciones que se hicieron en las clases de Deleuze. Esto permite al lector acceder a posteriori a un aula de los años 80, en una universidad francesa y a cargo de un profesor al que resulta pertinente escuchar para hacerse una idea tanto del contexto filosófico y francés de aquella época como de las expectativas y medios educativos, no respecto de una pedagogía innovadora o exigencias políticas y materiales, sino en relación a la calidad intelectual de Deleuze, que muestra todas las posibilidades de aquel “aquí y ahora” mediante una explicación sobre el análisis del poder realizado por Foucault, explicación que deja en evidencia que para enseñar no basta con remitirse a un eje historiográfico, es necesario, tal y como ejemplifica Deleuze, haberlo pensado hasta el punto de que el conocimiento sea, más allá del compendio de lo enunciable, la penetración en cada enunciado.

Precisamente el enunciado es el punto de partida de estas clases, “una enunciado no es una estructura, es una función” (p. 30). De aquí, Deleuze deshilacha las matemáticas en lingüística y la lingüística en matemáticas, apoyándose en los matemáticos Lautman y Poincaré. En la primera clase, 17 de diciembre del 85, dibuja puntos en la pizarra

para explicar cómo esa distribución de singularidades se encuentra organizada en un campo de vectores definido por una ecuación diferencial. En torno a cada punto, la curva integral - que relaciona el cálculo diferencial e integral - determina, según la forma resultante alrededor de cada punto, su singularidad. Que el enunciado sea una función significa que sus singularidades están reguladas por la curva integral trazada en torno a ellas, pero, ¿cómo deducir de ahí el método serial de Foucault influenciado por Braudel? Deleuze expone las relaciones de frecuencia y atracción en grupos de letras en distintos idiomas: U-N en francés, W-H en inglés. El poder de atracción de una letra con respecto a las demás permite comprender la colocación de las letras en un teclado que se encuentra vectorizado en dos mitades y que, aunque en la escuela Pigier de taquigrafía y mecanografía no se lo explicasen, muestra las relaciones de fuerza entre las letras: con cada letra tecleada se emite una singularidad que ha de compenetrarse con otras cuya situación en el teclado ha de exponer, matemática y visualmente, la probabilidad o no de que unas y otras letras se tecleen seguidas.

Ahora bien, si se entiende por qué el enunciado es una función y, sin salirse del ejemplo del teclado, sus alumnos - y habría que añadir ahora sus lectores - comprenden que el enunciado AZERT (serie de colocación de letras en un teclado francés) es el doble de AZERT en el teclado, es decir, que para que exista enunciado ha de existir una copia que conforme una cadena significativa y pueda escribirse o decirse, entonces es posible también entender por qué Foucault dice que el enunciado es una regularidad y por qué Deleuze explica esa regularidad plasmando las singularidades en una integral. Las integrales de la filosofía serían los conceptos, no universales sino aquellos que integran singularidades, de manera que pensar es emitir esas singularidades, el juego de dados de Mallarmé y Nietzsche en que no puede pensarse cualquier cosa porque es preciso que las singularidades emitidas conformen curvas integrales que las determinen (pp. 55-122). Y del mismo modo que una letra tiene poder sobre otra, lo que conforma relaciones de atracción entre unas y otras y de lo que se deduce que no hay poder sin relación, así sucede también en el ámbito social, concretamente político, en el que el poder pastoral le pasa el testigo al poder estatal, una convergencia ente ambas series, Iglesia-Estado, como método analítico del campo social, desarrollado por Foucault mediante

sucesiones de acontecimientos semidependientes, recuérdese la cadena de Markov.

¿Qué es el poder? Esta es la pregunta que Deleuze reitera para explicar que, tal y como analiza Foucault, el poder es relación, y una relación de poder es una relación de fuerza. Las relaciones de fuerza encarnan las relaciones entre lo visible y lo enunciable, lo que conduce a una presuposición recíproca entre el poder y el saber y, a su vez, a trazar dos líneas paralelas: Kant y Foucault. Sin embargo, aunque el paralelismo entre ambos se halle en lo visible y lo enunciable - por parte de Foucault - y en la intuición y el entendimiento que explicitaba Kant, mientras Kant dividía a las funciones de la razón en práctica y teórica, Foucault parte de que las funciones de la razón son prácticas y que tanto el saber como el poder se encuentran en una función práctica. En este sentido, Deleuze opera a la inversa del razonamiento de Foucault, explicando el poder mediante el análisis de Foucault pero desde otro enfoque, pues en su explicación no examina el poder desde las relaciones sino desde la naturaleza de lo relacionado.

Es ya, tanto en la segunda clase, 7 de enero del 86, como en la tercera y última de este volumen, 14 de enero del 86, cuando el enunciado va transformándose de aquello que designa o significa a lo que actualiza, encarnando un hoy que unido a la práctica conduce a la política. Y si la idea de Foucault al constituir el GIP durante la época de *Vigiliar y castigar* pretendió ser un ejemplo de crítica a la representación y la centralización, pero sobre todo de un actuar acorde a la crítica como modelo práctico que incita a la acción para movilizar el cambio, no resulta, sin embargo y finalmente, gratificante para Foucault, que a pesar de su pasada posición activa respecto a las cárceles confiesa ante Deleuze haber fracasado. No obstante, esto no impide, más allá o más acá de las concepciones sociológicas de Durkheim y Gabriel Tarde, en las que la explicación de los fenómenos sociales radica en el flujo de propagación, bien de individuo a individuo o de creencia/deseo a creencia/deseo, que Foucault termine por examinar las relaciones de fuerza como relaciones moleculares, microrelaciones no de minimización en el tamaño sino en la naturaleza; relaciones que, al margen de las polémicas Tarde-Durkheim o Leach- Lévi Strauss, no son relaciones de fuerza violenta, sino de fuerza estratégica.

En conclusión, el poder, tal y como examina Foucault y finalmente explica Deleuze, no es propiedad de algo o alguien; no está localizado en el

aparato del Estado; no está subordinado a un modo de producción que parte de una infraestructura; no es un atributo de los dominadores en oposición a los dominados; no actúa mediante violencia o ideología; no tiene principios; y no se piensa y estructura a partir de una ley (pp. 123-168). Las contradicciones de Foucault ante los postulados de las teorías burguesas y marxistas sobre el poder llevan a analizar el poder como una relación de fuerzas que, como necesita de una relación para efectuarse, no puede ser nunca una propiedad sino lo que se ejerce de unos a otros. Por otra parte, el poder no está localizado en ningún aparato, estructura o sujeto, es local en tanto que se halla en una relación temporal y física que se localiza aquí y ahora, pero no es local porque se localice en un estado y/o en lo que se dice que pertenece a él, controlado o subordinado. El poder, Foucault lo ejemplifica con la “Lettre de cachet”, no es un acto o decisión violenta o injusta por parte de los dominantes o poderosos, pues también son los dominados los que propician esos actos y decisiones y, por lo tanto, quienes participan de relaciones de poder, de fuerzas que ejercen. Finalmente, el poder no funciona tanto por la restricción o la presión, y tampoco por la oposición entre lo legal y lo ilegal como por la normalización espacio-temporal y la pertenencia social de las relaciones y actuaciones a los ilegalismos, donde si se observa la ley permite algo y lo contrario, y donde prohíbe algo y lo contrario, por supuesto ceñido al juego lingüístico de la interpretación, y a una interpretación ligada y relegada más a las intenciones que por parte de los sujetos se alegan que a la prueba de esas intenciones o al resultado objetivo de los hechos o sucesos.

La cuestión que aquí se plantea es qué posición ocupa hoy el intelectual con respecto al poder, es decir, si el intelectual puede, como intentó Foucault, optar por una función práctica de la razón que no puede desligarse de la acción y que por lo tanto ha de hacer algo con respecto a la actualidad o si, por el contrario, el intelectual ha muerto, pues ya no es ni puede ser como Voltaire, Zola, André Guide o Sartre, que intervenían en política para hablar del bien y del mal, defender la vida o la justicia, la libertad o el Hombre. Se trata ya, más bien, de una renovación del intelectual donde este interviene, como todos, en relaciones de poder que giran concéntricas a lo que le afecta a él: no defiende la vida, defiende su vida; no defiende la justicia, sino su justicia; no defiende el bien, sino su bien. Así, este intelectual, tecnificado y especializado, como ya lo estaban por ejemplo aquellos científicos que Deleuze menciona y que se oponían a

la bomba atómica, no es más que el resultado del tropiezo con su propia ignorancia: la incomprensión y consecuente acción sin pensamiento. Pero la cuestión no radicaría solo en política, sino también en un cambio histórico no ya para el contexto del sujeto sino para el propio sujeto, es decir, un cambio metafísico donde el sujeto ya no se nombra como Yo, sino como un Yo que no es el universal con el que pensó Descartes, sino el particular cuya identificación dice ser única e irrepetible mientras, paradójicamente, se reproduce y multiplica como los productos ante los que gira en una posmodernidad donde es imposible comprender al sujeto sin comprender que ha dejado de serlo, donde ya no es posible entender nada sin pensarlo repetido o sin querer duplicarlo. El poder, en fin, en un afán de pensar desde el aquí y ahora que Deleuze y Foucault proponían, tal vez ha de ser, en efecto, pensado como esas relaciones de poder que no son más que relaciones de fuerza pero, eso sí, donde la fuerza que unos están ejerciendo sobre otros estriba no ya en ideología sino en filosofía, en el cambio en la concepción del sujeto con respeto a sí y el Otro y lo otro; en la transformación de un poder que ya no ejerce el Hombre sobre el Hombre, sino los hombres sobre los hombres.

Por ALBA RAMÍREZ GUIJARRO
Universidad Nacional de Educación a Distancia
albramir@ucm.es